

CURROS ENRÍQUEZ, MANUEL (1851-1908)

*POESIA EN CASTELLANO*

ÍNDICE:

LA GUERRA CIVIL (ODA)  
LA CANCIÓN DE VILINCH  
A CARLOS DE ULLOA (EN EL FAUSTO)  
HOMENAJE A LA POETISA DOÑA EMILIA CALÉ Y TORRES DE QUINTERO,  
EN LA INAUGURACIÓN DE LA SOCIEDAD GALICIA  
LITERARIA  
CONJURO EN LA MUERTE DEL POETA AÑÓN  
SERENATA FÚNEBRE (A MARINA)  
CASIDA ÁRABE (A AMALIA RICO)  
A LOS VATES GALLEGOS (EN LA CORONA FÚNEBRE DE MÉNDEZ NÚÑEZ)  
A LAS NIÑAS DE MI QUERIDO AMIGO M. H. Y M., EN SU PARTIDA  
EL ÁRBOL MALDITO  
A ANDRÉS MURUAIS, MUERTO (SONETO)  
EPÍSTOLA (A MI SOBRINA ISABEL RICO)  
LA PRIMERA CANA  
ELEGÍA (A LA MUERTE DE LKSEÑORITA M. M. B.)  
TRIBUTO DE SANGRE  
EL DIENTE  
LA MUJER CUBANA  
ARISTAS  
AL MAESTRO CHANÉ  
EN EL ÁLBUM DE MI BIEN QUERIDO AMIGO GALO SALINAS RODRÍGUEZ  
(FRAGMENTO)  
A LA HERMOSA NIÑA ROSARIO CANEDA Y FERNÁNDEZ  
NIHIL  
A LA COMPAÑÍA DRAMÁTICA INFANTIL DE LUIS BLANC  
EL OLMO DEL MIÑO  
[TE VI UNA VEZ...1  
MEDITACIÓN  
A LA ENTEREZA DE SANCHO (EN EL CUENTO DE A. RIVERO)  
ESPERANDO  
EN EL ANIVERSARIO DE LA MUERTE DEL PRÍNCIPE DE LOS INGENIOS  
ESPAÑOLES  
¡TERESA!  
¡HASTA LA VUELTA! (A SILVIO FERNÁNDEZ)

EPIGRAMA  
EL TEMPLO DESIERTO  
LA ALDEA DE CASDEMIRO  
MIS CELOS  
PEQUEÑAS NULIDADES

LA GUERRA CIVIL  
(ODA)

Pueblos, oíd; en nombre  
de la sublime caridad cristiana,  
oíd; que no del hombre  
en la conciencia, vana  
ni estéril esta voz, dulce y piadosa,  
fue a resonar jamás. ¡No, nunca! Pudo  
del bárbaro del Norte el brazo airado  
sobre Europa caer, de encono ciego;  
alzar pudo, entre fuego,  
con sangre y con cenizas amasado,  
sobre la tierra atónita su solio;  
mas el furor de su opresora planta,  
la tiránica ley de su hacha impía,  
todo cesó cuando «¡Piedad!», clamaron  
las vírgenes, ocultas  
bajo el amplio dosel del Capitolio...

Y ¿quién, sino este acento,  
contuvo en su carrera asoladora  
al infausto Alarico y al sangriento  
Odoacro feroz? ¿Quién la en mal hora  
comenzada pelea, sostenida  
por dos pueblos indómitos del Rhino  
en la margen florida,  
maldijo y condenó-bárbara guerra-,  
escándalo del siglo y de la tierra?  
¡La caridad tan solo! Ella, que mora  
en átomos y mundos; ella, aliento  
de la inmensa creación, alma que vela,  
como eterno, inmutable centinela  
de cuanto Dios a su mirada fía,  
por el orden del mundo y la armonía.

.....

¡España! Hermanos míos,  
los que españoles sois, los que en la Historia  
tantos timbres tenéis de inmarcesible  
no profanada gloria;  
¡oh, sí!, escuchad el cántico vehemente  
de mi entusiasta lira:  
por nuestra paz ha muerto el que la inspira,  
¡y paz ha de llevar de gente en gente!

¡Ay! De la orilla plácida del Duero  
a las feraces crestas de Barcino,  
oigo el monstruo bramar... Del monte al llano  
corre la sedición, y la pelea  
concitando los hombres, doquier miro  
allí el pendón guerrero al viento ondea.  
El alma opresa por angustia extraña,  
en vano tiendo con afán mis ojos  
del llano a la montaña,  
y en vano clamo y digo:  
«¿Dónde está el extranjero,, el enemigo  
de mi querida España?»  
¡Que nadie me responde  
más que mis propios ecos, que se pierden  
vibrando: «¡Dónde..., dónde!...»!  
¿Será que de Cartago  
las errantes legiones aguerridas  
vuelven a sorprender nuestras moradas,  
desolación y estrago  
sembrando por doquier, mientras dormidas  
en paz y descuidadas  
yacen nuestras mujeres adoradas?

¿Será que en nuestro suelo  
se oye otra vez rodar el ominoso  
carro triunfal del César, codicioso  
de engarzar a su férrida guirnalda  
la fúlgida esmeralda  
que del jardín de Hesperia ostenta el cielo?

¿O es, acaso, que el águila de Jena  
quiere, torpe, burlar de la bravura  
del león español, cuya melena  
al e ;izarse ayer le dio pavura,  
burlando así su imbécil arrogancia?  
¡Oh, no! Sagunto fue..., pasó Numancia,

y el águila orgullosa,  
de muerte herida en nuestro suelo, llena  
de amargura cruel, plegó sus alas  
y rodó moribunda y temblorosa  
sobre el pardo peñón de Santa Elena.

¡Ya no es del extranjero,  
¡oh españoles!, la sangre generosa  
que hoy mancha vuestro acero!  
Los que ayer con vosotros pelearon  
y en vuestras propias filas confundidos  
«¡Independencia y libertad! », gritaron,  
triunfantes o vencidos;  
los que ayer con benéfica ternura  
vendaron vuestra herida,  
cuando, tras la batalla, en noche oscura,  
quedabais en el campo a la ventura,  
apenas con un hálito de vida;  
los que ayer con vosotros, trasmontando  
del mar inmenso las hinchadas olas,  
fueron la estrecha tierra dilatando,  
con vosotros partiendo y conquistando  
cien magníficas glorias españolas,  
esos (¡ay, cuánta mengua!)  
son los que sacrifican vuestra mano.  
¿Con qué derecho, ni por qué? ¿Qué insano,  
qué mezquino interés el brazo guía  
que discordia sembró en el suelo hispano?  
¿Qué ley creyó cumplir?... ¡Vana porfía!  
¡No hay derecho ni ley contra el hermano!  
¿Y acaso no lo son? ¿No son amigos  
esos que así se matan y arruinan,  
esos que, como genios implacables,  
que eternamente se odian y abominan,  
se retan con furor y se persiguen,  
se acechan, se amenazan,  
y en su lucha tenaz se despedazan,  
se destrozan, se avientan y exterminan?...  
¡Cuán torpe, cuán horrible,  
cuán despiadado encono! ¿Y es posible  
que esas manos que se alzan empuñando  
el arma fratricida; esos puñales  
que caen, desgarrando  
corazones valientes y leales,  
no vacilen un punto, contemplando  
la aflicción de la patria y la memoria

que de este crimen va a guardar la Historia?

¿Será posible, cuando ya del hombre  
cesó la esclavitud, y conquistados  
sus derechos están y consagrados;  
cuando la libertad tiene las puertas  
del templo de la patria a la cultura  
y a la justicia abiertas,  
será posible, ¡oh Dios!, guerra tan dura?

.....

Sacerdotes del bueno, del paciente,  
del humilde Jesús crucificado:  
venid a unir vuestra oración ferviente  
al clamor de mí pecho desolado;  
que vuestra lengua dulce y elocuente  
con el laúd harmónico e inspirado  
del profeta de Sión, dará a la mía  
raudales de potente poesía.  
Acudid a mi ruego,  
ministros del Señor, acudid luego,  
¡ah, que las llamas del incendio cunden,  
que arde el santuario y sus altares se hundan  
en candescents piélagos de fuego!...  
Mas... ¡loco afán! El sacerdote impío  
no atiende al ruego mío,  
y alegre y parricida,  
hirviendo el negro corazón en saña,  
él es quizá el primero  
que hunde el puñal artero  
en el seno amantísimo de España.  
El, quien el exterminio preconiza;  
él, quien las ascuas de ese incendio atiza;  
él, quien huella la urna donde mora  
Ja hostia sacrosanta,  
y él, quien, allí donde el Señor se adora,  
gritos de muerte y destrucción levanta.

Y en tanto..., en tanto, ¿dónde  
está esa juventud, cuya pupila  
desentrañar pudiera el hondo arcano  
de la inmortalidad; esa esperanza,  
perpetua de los siglos, que produjo ``  
a Franklin y Lincoln; ese lozano  
plantel de Bayas flores cuyas hojas

llámanse Herrera, Meyerbeer, Tiziano?  
-¡Como rosa en capullo marchitada,  
como rayo de luz que el torbellino  
ató sin que llegara a su destino,  
así rueda, así muere malograda!

¡Guerra civil, maldita  
mil veces, insaciable matadora,  
y contigo, maldito el que a tus aras  
lleva el haz y la tea destructora,  
el que al monstruo aplastado resucita  
y ve llorar la patria y, ¡ay!, no llora!

.....

Héroes que en inhumano  
combate, confundidos como fieras,  
sois el oprobio del linaje humano,  
la enseña de la paz llevo en mi mano:  
¡yo os mando abandonar esas trincheras!  
¡Ah! La sangre del Santo generosa  
que dejó del Calvario reteñida  
la cúspide escabrosa,  
no correrá jamás infructuosa  
por las áridas cuestas de la vida...  
¿Buscáis la libertad? Pues de ella en nombre  
dejad el hierro que fulmina muerte.  
¿La opresión pretendéis? ¿Qué otra más fuerte  
que los lazos de amor que atan al hombre?  
¡Asesinos, atrás! No más vergüenza  
deis a la Europa, que enojada os mira.  
¡Ay del Caín que de su hermano venza!  
¡Ay del Abel que en esa lucha expira!

## LA CANCION DE VILINCH

(Vilinch es el seudónimo del poeta vasco  
Indalecio Vizcarrondo, el último día del bloqueo  
de San Sebastián, 21 de febrero de 1876.)

Cuando de nuestra patria por los confines  
vibraba el son guerrero de los clarines  
y de sus nobles hijos la sangre brava  
estéril en los campos se derramaba,

porque de fácil triunfo tras los horrores,  
al contemplar en ella tintas sus manos,  
notaban con vergüenza que eran hermanos  
del lidiador vencido los vencedores;

como el canto de un ave triste y doliente  
sofocado entre el ruido que alza el torrente;  
como de hoja que rueda queja exhalada,  
del viento desoída y al viento dada,  
del campo de la lucha sobre la arena  
que ensangrientan los genios de la discordia,  
mientras la bala silba y el bronce truena,  
se alza una voz que clama: «¡Misericordia!»

En la sombría falda del alto cerro,  
monstruo que una corona ciñe de hierro,  
al pie de Mendizorrot, en cuyo lomo  
se abre un volcán que arroja candente plomo,  
hay una pobre choza, sencilla y blanca,  
nido de golondrina rústico y breve,  
cuya puerta, al herido soldado franca,  
jamás para cerrarse sus goznes mueve.

Campestres florecillas son el adorno  
de la casita blanca de aquel contorno;  
nadie de sus linderos cerca transita  
que no bendiga el nombre del que la habita.  
Y es que, desde que al viento se izó en España  
el estandarte negro de la discordia,  
de la florida choza de la montaña  
sale la voz que dice: «¡Misericordia!»

Pronto la paz ansiada llegar debía,  
y el triunfo era esperado que la traería.  
¡Ya se acerca la hora! Ya el bronce estalla,  
ya comienza la ruda final batalla;  
ya en guerrilla despliegan los batallones  
al clamor estridente de la corneta,  
y marchan al galope los escuadrones  
del monte por la abrupta pendiente escueta.

¡Ay de las pobres madres que en las montañas  
tienen los pedacitos de sus entrañas!...  
¡Ay de la dulce novia que amante espera  
unirse al que su mano le prometiera!...  
¡No volverán!... De rabia su seno henchido,

ebrios con los vapores de la discordia,  
van a morir, sin que antes llegue a su oído  
ese acento que clama: «¡Misericordia!»

En la chocita blanca del monte inculto,  
donde a la patria rinde sagrado culto,  
del amor de sus hijos puesto al amparo,  
vive Vilinch, el tierno poeta éuscaro.  
Allí fue donde, alegre, cantó otros días  
del hogar las venturas y los amores,  
de los campestres bailes las armonías,  
de Conchesi los ojos fascinadores;

allí donde abrasarse sintió en la llama,  
destello de los cielos, que al poeta inflama;  
allí donde su numen fluyó sonoro  
r torrentes de poesía de ritmo de oro.  
Muerta, empero, la calma por que suspira,  
sepultado en la hoguera de la discordia,  
ya no tiene más cantos su blanda ira  
que esta plegaria eterna: «¡Misericordia!»

Cataratas de sangre precipitadas  
ruedan de los oteros a las cañadas,  
desde las cañadas a los oteros  
densas vapores rojos trepan ligeros.  
¡Como un antro la tierra se abre sombría,  
como una forja el cielo rayos desata,  
hiere como una espada la luz del día,  
el aire como fuego calcina y mata!...

«¡Otra vez a la puerta de mi vivienda  
ruge la maldecida civil contienda!  
Venid y orad conmigo, mis pobres niños.  
Dios acepta y comprende vuestros cariños!  
Ved: comienza de nuevo la horrible lucha;  
suena otra vez el grito de la discordia...  
¡Orad por los que quedan! ¡Dios, que os escucha,  
tendrá de los que mueren misericordia!»

Dijo Vilinch: y ronco, del negro fuerte  
cantando por los aires himnos de muerte,  
un proyectil avanza que hunde la choza  
y al mísero poeta hiere y destroza.  
Aquella bala el triunfo por fin decide;  
el sol de la victoria refulge santo,



y el vencedor, tranquilo, los lauros pide  
que el vencido, insepulto, regó con llanto.

¡Guerra civil funesta! ¡Deidad impía,  
a cuyo espectro aún tiembla la patria mía!  
¡Castigo de los hombres y las ideas,  
pues no respetas nada, maldita seas!  
Tú de Vilinch las quejas has desoído,  
el que de ti imploraba paz y concordia:  
¡ya que del pobre vate no la has tenido,  
nadie te tenga nunca misericordia!

A CARLOS DE ULLOA  
(En el «Fausto»)

Ola agitada en rápida marea,  
yo conozco esa voz fiera y sonora;  
no es la que al caos arrancó la aurora,  
es la que en densas sombras la rodea.

No es la potente voz que anida y crea,  
es la voz que aniquila, destructora;  
la voz blasfema con que canta o llora  
el Satanás de la leyenda hebrea.

Antes de fascinar a Margarita  
sedujo a Eva, resonando extraña  
en cadencia de amores infinita;

y aun de su prole al conmover la entraña,  
al pecado la arrastra y precipita,  
como arrastró a Jesús a la montaña.

HOMENAJE A LA POETISA DOÑA EMILIA CALÉ  
(En la inauguración de la Sociedad Galicia Literaria)

Al soplo generadas de mi entusiasmo ardiente,  
de sentimiento ricas, si pobres de color,  
también a este concierto magnífico, esplendente,  
mi lira trae su nota y mi jardín su flor.  
Ingratas, tal vez, ambas a mi ansiedad vehemente,

ni una tendrá armonía ni otra fragante olor;  
mas ellas son, señora, el único presente  
que puede hacer el cuervo al dulce ruiseñor.

La flor que aquí os ofrezco, al ramillete unida  
con que nacientes genios os van a regalar,  
allá en los frescos valles ha sido recogida  
por donde corre el Miño precipitado al mar.  
Y la entusiasta nota del canto desprendida  
que más sonoras arpas os han de dedicar,  
de mis montañas eco, llegó hasta mi perdida  
del céfiro en las alas que perfumó mi hogar.

Por eso suenan tristes, señora, mis cantares;  
de las montañas hijos, así sencillos son;  
como ellas en los lagos sus bosques seculares,  
retrato yo en mis versos mi propio corazón;  
como ellas sus tesoros, yo guardo mis pesares;  
como ellas sus leyendas, yo callo mi aflicción;  
pues mísera avecilla lanzada de sus lares,  
las avecillas busco que entiendan mi canción.

Cual yo, también, huyendo de sus deshechos nidos  
al desolado impulso de recio vendaval,  
dispersos por la tierra, que pueblan de gemidos,  
se alejan los cantores de mi país natal...  
Los viejos robledales, del viento sacudidos,  
su ausencia lamentaron con eco funeral,  
tanto que en tinieblas y soledad perdidos  
de la soñada patria va en busca cada cual.

¿Quién unirá en un foco solar, resplandeciente,  
los irisados rayos de la dispersa luz,  
para que, astral antorcha, su disco refulgente  
disipe de esas sombras el lóbrego capuz?  
¿Quién trocará en estrella que brille eternamente,  
del polvo levantándolo, al triste noctiluz?  
¿Qué tierna Berenice enjugará la frente  
del mártir que se aleja cargado con su cruz?...

Ah! Yo le vi de Irlanda vagar entre la bruma,  
de América en los bosques, del Himalaya al pie,  
doquiera, ave canora, dejando en pos su pluma  
y sus cantares, llenos de patrio amor y fe.  
Del mar cortando a veces la enfurecida espuma,  
como el clamor de un naufrago sus gritos escuché,

y en vano, en la impotencia que mi destino abrumba,`  
mi afán salvarle quiso... ¡También yo naufragué!

Y ¿adónde irá la nave que cruza el mar sin guía?  
¿A dónde irá la nave que al viento se fió?  
¿No la herirá el escollo, si un punto se desvía  
del rumbo que a su marcha la brújula marcó?  
Así, la caravana que, de la patria mía,  
tras ilusorios bienes, los límites salvó,  
se perderá en la noche, sin que halle en su agonía  
el encantado oasis que loca se fingió.

¡Salvadla vos, señora!, ya que al reclamo blando  
y en torno de la jaula del pájaro gentil  
acuden hoy alegres, en armonioso bando,  
las aves que os aclaman honor de su pensil.  
Mandadlas vos, que es dulce y es tierno vuestro mando  
inspire vuestro acento sus arpas de marfil,  
e irá la vieja Suevia más glorias recabando  
que flores las praderas ostentan por abril.

En torno vuestro, juntos, los bardos hoy distantes,  
con vos podrán a un tiempo sus coros ensayar,  
y unidos a los vuestros sus himnos resonantes,  
las huestes redentoras de cólera inflamar.  
Fortaleced, en tanto, las almas vacilantes  
que al tedio se abandonan, cansadas de esperar.  
¡Decidlas que, cercados de monstruos y gigantes,  
a combatir nos llaman y es hora de luchar!

Cumplido ya mi voto, conmigo consecuente,  
mi canto aquí suspendo por que otro oigáis mejor;  
que ya en este concierto magnífico, esplendente,  
dejó su nota mi arpa y mi jardín su flor.  
Si a mi ambición ingratas y a mi ansiedad vehemente)?  
ni una os brindó armonía ni otra fragante olor,  
Y sabed que este es, señora, el único presente  
que pudo hacer el cuervo al dulce rui señor.

## CONJURO EN LA MUERTE DEL POETA AÑÓN

Un tributo de lágrimas y flores en la tumba del viejo camarada.  
--A. Vicenti

Muchos hermanos fuimos  
en otro tiempo,  
cuando el hogar llenábamos,  
hoy ya desierto.  
No conoció a su madre  
ninguno de ellos:  
¡nunca nuestra mejilla  
sintió su beso!  
Débiles y enfermizos  
todos nacieron,  
como amarillas flores  
de campo seco;  
pero, cantores todos,  
felices fueron  
mientras juntos cantaron  
juntos viviendo.  
Las puertas de su alcázar  
a nuestros versos  
cerraban los tiranos,  
de pavor llenos.  
Desterrados los unos,  
los otros presos;  
todos ya de la patria  
soñada lejos.  
Hoy, que de hambre y nostalgia  
murió el más viejo  
de todos los hermanos,  
el más pequeño  
una corona se acerca a pedirnos  
para las pálidas sienes del muerto.

Virgen que, palpitante  
de dicha el seno,  
vas, del esposo en brazos,  
al nupcial lecho:  
si es que queda en tu alma  
-ya de tu dueño-  
de tu infancia tranquila  
grato recuerdo;  
si olvidar no has podido  
los dulces ecos  
vibrantes de entusiasmo  
que amar te hicieron;  
si la voz te persigue  
que hirió tu pecho

del amor con el blando  
latir primero,  
cuando de las pasiones  
dormida al sueño  
eran misterios;  
si aún las lágrimas nublan  
tus ojos bellos,  
cuando de tus veladas  
en el silencio  
las lecturas remuevas  
que en otros tiempos  
despertaron tu espíritu  
al sentimiento,  
antes que de tu ardiente  
pasión al fuego  
se agoste la corona  
de tu himeneo,  
¡oh feliz desposada!  
-yo te lo ruego-,  
dámela, y deja que adornen sus hojas  
las sienas desnudas del pálido muerto.

Valientes capitanes,  
nobles guerreros,  
que tornáis a la patria  
de honor cubiertos,  
mientras quizá insepultas,  
sobre el sangriento campo,  
vuestras entrañas  
dais a los cuervos;  
si el rumor no os aturde  
que en torno vuestro  
las imbéciles turbas  
alzan al éxito;  
si el olor no os embriaga  
de los inciensos  
que del terror en aras  
os rinde el miedo,  
pensad que, si gloriosos  
son vuestros hechos,  
si es valiente quien lucha  
de arrojo lleno  
y triunfa porque acaso  
no cayó muerto;  
el que, brazo con brazo,  
cuerpo con cuerpo,

agotó allá en la sombra  
todo su esfuerzo  
para rendir al crudo  
destino adverso;  
el que, del infortunio  
doblado al peso,  
quiso esquivar sus negras  
garras de acero,  
y en ese atroz combate,  
triste y enfermo,  
sacó el cabello blanco,  
perdió el aliento  
y cayó, a los que sufren  
mostrando el cielo,  
¡ese, más que vosotros,  
digno es de premio!  
No envidio vuestros lauros,  
pero yo os ruego  
que, ya que tanto lográis, me deis uno  
que orne las pálidas sienes del muerto.

Cantor, a cuyos labios  
desciende el genio,  
de la inmortal poesía  
viviente verbo:  
tú, que tantos honores  
de tanto precio  
conseguiste, adulando  
poderes viejos;  
tú, que sabes cuán duro,  
cuán duro y negro  
es morir sin el nombre  
que merecemos;  
tú, que quizás temiste  
ser un día objeto  
de ese olvido que cae  
sobre los muertos,  
y espantado temblaste  
sentir creyendo  
sordamente roídos  
por él tus huesos,  
óyeme: de la patria,  
su ídolo, lejos,  
otro vate un aplauso  
buscó sediento;  
de las musas ungido,

cantó el Progreso,  
la Libertad, los fastos  
de nuestro pueblo;  
mas ingrata la patria,  
ni oyó su acento,  
ni dio alivio a sus penas,  
ni a sus tormentos.  
Hoy que, mudo, vencido,  
su último sueño  
duerme donde reposan  
los pordioseros,  
de los que tú desdeñas  
-¡yo te lo ruego!  
¡una corona concédeme solo  
que orne las pálidas sienes del muerto!

Primavera bendita,  
risa del cielo,  
símbolo de esperanzas,  
de Dios reflejo:  
tú, que alegras la tierra  
que heló el invierno;  
tú, a quien sirven  
de cohorte pájaros ledos,  
haces de luz, aromas,  
flores y céfiros,  
¡derrama tus tesoros  
de amor espléndidos  
sobre la oscura tumba  
del pobre viejo!  
¡Que tus auras arrullen  
su sueño eterno!  
¡Que florezca su pobre  
mortuorio lecho,  
para que, cuando nadie  
tenga un recuerdo  
del patriarca lírico,  
tu dulce beso  
sea la santa corona de gloria  
que la sien ciña del pálido muerto!

#### SERENATA FÚNEBRE A MARINA

Cercana ya la hora de mi partida,

Marina, vengo a darte mi despedida.  
De noche vengo,  
porque de hablarte a solas  
afanes tengo.

Ningún ruido mundano nos importuna.  
Silenciosa en el cielo brilla la luna;  
zumba en el sauce  
la brisa, y el arroyo  
gime en su cauce.

Solo entre tumbas mi alma feliz se encuentra.  
¡Mi dicha toda en ella se reconcentra!...  
Lugar bendito,  
el sepulcro es el pórtico  
del infinito.

Ya de tu lecho al lado, paloma mía,  
oye el amante arrullo de mi poesía;  
oye mi canto,  
lleno de los rumores  
del camposanto.

Cuantos viva te amaron, que has muerto han dicho,  
y regaron con lágrimas tu blanco nicho.  
¿Por qué eso hicieron?  
¡Los niños, cual los ángeles,  
jamás murieron.

Cuando caen en la tumba, de Dios reciben  
nuevo aliento de vida y aquí reviven.  
Del viejo germen  
privados, son los muertos  
vivos que duermen.

¿Qué hijo para su madre murió del todo?  
Morirá ella; su hijo, de ningún modo.  
Si se muriera,  
Dios, por sola una lágrima,  
se lo volviera.

¡Oh! ¿No es verdad, Marina, que no estás muerta  
¡Mienten los que tu muerte me dan por cierta!  
Tú estás dormida...  
¡Niña, despierta y oye  
mi despedida!



Yo soy el que, prendado de tus hechizos,  
te he mecido en mis brazos, peiné tus rizos,  
cuidé tus flores  
y te adormí, cantándote  
cuentos de amores.

Yo soy el que, celoso de tu cariño,  
por jugar con la niña, tornóse niño,  
corriendo ufano  
tras la insegura huella  
de tu pie enano.

¿Me olvidaste, Marina?... ¡Yo no te olvido!  
¿Cómo olvidar tu boca, de gracias nido,  
ni tu mirada,  
cielo en que centellea  
luz increada?

No olvidé de tu frente, de sueños urna,  
expresión ya arrogante, ya taciturna,  
de ave intranquila,  
que al cruzar sobre abismos  
teme y vacila.

No olvidé tu voz tierna, dulce y sonora  
como un vago preludio de guzla mora;  
ni tu pestaña,  
de azules proyecciones,  
de sombra extraña...

Si una nota recoges de las que pierdo  
el fantasma evocando de tus recuerdos;  
si el son amargo  
de mi endecha te arranca  
de tu letargo,

rompe el crespón que envuelve tu sepultura,  
inclínate en su marco de piedra dura,  
y háblame..., alegre  
mi alma triste, cual náufrago  
en noche negra.

De tu almohada de mármol alza la frente  
y muéstrame tu hermosa faz sonriente...  
¡En esa fría

soledad tendrás miedo,  
rubita mía!...

Mas no temas: al eco de mis cantares,  
bañada por los tibios rayos lunares,  
con rumor de onda,  
turba de niños muertos  
tu nicho ronda.

Del misterio inefable de su existencia  
vienen íntima a hacerte la confianza.  
¡Cuánto han sufrido!  
¡Cuánto más que la losa  
pesa el olvido!

Para ellos ningún arpa mueve su cuerda,  
Y tú tienes, bien mío, quien te recuerda;  
tienes tu historia,  
y de ellos nadie,  
nadie guarda memoria.

¡No temas, no! Si hoy lejos me lleva el hado,  
mi espíritu por siempre queda a tu lado,  
velando en calma  
por estas calles lóbregas  
tu joven alma.

Tus recuerdos de gloria mi vida encantan  
en mi pecho tu imagen dulce agigantan;  
doiles abrigo,  
y doquier me encamine  
vendrán conmigo.

Por eso, hoy que mi barca lejos se parte,  
dejaré la playa mi adiós sin darte.  
¡Adiós, Marina,  
nota de un himno angélico,  
flor matutina!

## CASIDA ÁRABE

(A Amalia Rico)

Hija del renegado que se hizo moro  
por robarme una hermana que era un tesoro,

y después de robarla se fue a esa tierra  
a vivir ese perro conmigo en guerra;  
mal que a tu padre pese, bella cristiana,  
mientras mi dromedario su sed mitiga,  
ya que en tus venas llevas sangre africana,  
ha de cantar tus gracias mi guzla amiga.

Como no caben juntos Mahoma y Cristo,  
ni yo a ti te conozco ni tú me has visto,  
tú allá con tus señores y tus fetiches,  
yo acá con mis guerreros y mis derviches;  
mas sé por los cautivos que entre cadenas  
llegan aquí, llorando su ruin fortuna,  
que para ser amadas, las nazarenas;  
y entre las nazarenas, cual tú, ninguna.

Sé que tu esbelto talle vence y supera  
la esbeltez ondulante de la palmera;  
que cuando tú sonrías todo amanece,  
y todo, cuando lloras, ¡ay!, se entristece.  
Si es verdad lo que dicen, cristiana mía,  
mientras tú no despiertes el sol no asoma;  
mientras tú no la cantas, no hay poesía;  
mientras tú no la riegas, la flor no aroma.

Sé que de tu mirada la luz extrema  
de la muerte y la vida fija el dilema;  
mata si es odio y rabia lo que la incita,  
y si amor, al que mata... lo resucita.  
Sé que tu acento suave tiene murmullos  
de hojas que el aura besa fresca y riente,  
de niño adormecido quejas y arrullos,  
cadencias y armonías de agua corriente.

Sé que tu aliento mágico embriaga como  
la esencia concentrada del cinamomo;  
que tu palabra limpia se paladea  
como un panal dulcísimo de miel de Hiblea;  
pues dicen que a tus labios, cual dos corales,  
por un hilo de nieve mal divididos,  
como acuden los silfos a los rosales,  
acuden las abejas a hacer sus nidos.

Sé que tu tez, más blanca que el alabastro,  
bajo tu crencha brilla cual brillo de astro,  
siendo sus resplandores fieles trasuntos

del de Sirio y la Luna cuando están juntos.  
Y sé de un vil rabino que, condenado  
del Corán a las gehennas y las serpientes,  
se libró del infierno porque ha rezado  
el rosario de perlas que hay en tus dientes.

Y entre tantos hechizos que adoran tantos,  
sé cuál es el primero de tus encantos.  
Sé que no amas, y, puesto que no amas, eres  
la mujer máspreciada de las mujeres.  
Aún de tu alma el capullo no rodó herido  
por el simún ardiente que troncha y quema,  
ni a la palabra infame se abrió tu oído  
que de Adán a la prole trajo anatema.

¡Haces bien! Tú no sabes qué ardor se siente  
cuando en el pecho brota de amor la fuente,  
manantial de verano cuya agua impura  
da más sed a medida que más se apura.  
Antes de amar, bien mío, haz de ti en torno  
una cripta de bronce, vasta y cerrada;  
sepúltate en su seno como en un horno,  
¡morirás recocida, no esclavizada!...

Mas ya mi dromedario su sed eterna  
calmó en las ondas turbias de la cisterna,  
y dilatando el ojo, con paso incierto,  
me señala la ruta por el desierto...  
No puede detenerse mi caravana;  
la noche se avecina, llega la tarde.  
¡Que la paz sea contigo, bella cristiana!  
¡Hija del renegado, que Alá te guarde!

#### A LOS VATES GALLEGOS

La corona fúnebre de Méndez Núñez

Unid, ¡oh bardos de mis patrios lares!  
unid mi canto al vuestro dolorido,  
mientras en torno, con mortal gemido,  
huérfanos lloran los iberos mares.

Cuando los héroes mueren sin altares,  
gloria legando al suelo en que han nacido,  
nuestro crimen mayor es nuestro olvido;

nuestro primer deber, nuestros cantares.

¡Ay del arpa que lúgubre no zumba  
cuando la noche su crespón dilata,  
velando al genio que eclipsó al de Otumba!

¡Ay de la mano criminal e ingrata  
que no posa una flor sobre esa tumba,  
más yerma que la tumba de un pirata!

### A LAS NIÑAS

(De mi querido amigo M. H. y M., en su partida)

Siempre que la tormenta desata sus furores  
y oigo bramar potente la voz del huracán,  
de súbito, asaltado por fúnebres temores,  
me acuerdo de los niños, las aves y las flores,  
y pienso: “¡Oh, cuánto, cuánto los pobres sufrirán!”

Y entonces, por volverles la apetecida calma,  
quisiera con mis brazos, a ser posible, hacer  
de un ángel para el niño la protectora palma,  
un nido para el ave del fondo de mi alma,  
y de mi pecho un muro, la flor por guarecer.

¡Ay! Huracán más rudo que el que azotó la sierra  
y devastó el poblado y descuajó el pinar,  
la infame, la sangrienta, la despiadada guerra  
sopló también de Cuba sobre la hermosa tierra  
¡ y amenazó de ruina vuestro tranquilo hogar.

Ved: la infernal Quimera que triple horror aduna  
al pie de vuestro lecho sus fauces viene a abrir;  
no ha respetado méritos, virtudes ni fortuna;  
cual profanó el sepulcro profanará la cuna.  
¡Nació sin esperanza, sin gloria ha de morir!

Quizá hacéis bien huyéndole; mas, ¡ah, con qué desvelo  
la Habana, en que nacisteis, os miro abandonar!  
De vuestra patria ausente no encontraréis consuelo;  
para el que en ella nace no hay cielo cual su cielo,  
no hay noches cual sus noches, no hay mar como su mar.

Yo, que de los proscritos la honda aflicción no ignoro;  
que en extranjeras playas reclinaré mi sien,

que sé que es nuestra tierra nuestro mejor tesoro,  
vuestro dolor comprendo y con vosotras lloro,  
pues me arrancó a mis lares un huracán también.

¿Qué importa que al destierro a que hoy os veis lanzadas  
os siga el ala pródiga del paternal amor,  
si os faltarán de Cuba las brisas perfumadas,  
sus amplios horizontes, sus nubes nacaradas,  
la paz de sus crepúsculos, su sol fecundador?

Sí; yo a mi vez laméntome de esa terrible ausencia,  
para vosotras dura, funesta para mí,  
que ya no hallaré bálsamo de mi alma a la dolencia  
en vuestra dulce charla, que evoca en su inocencia  
la charla de mis niños..., ¡los niños que perdí!

De hoy más no ya las notas regalarán mi oído  
con que de vuestra madre la inspiración genial,  
al clave arrebatándolas, magistralmente herido,  
hizo llegar al fondo de mi ánimo abatido  
la fe y el entusiasmo de Weber y Gottschalk.

Ya no, cuando os visité, ruidosas y joviales  
saldréis como un enjambre mi abrazo a recibir,  
con gritos y aleteos de alondras tropicales,  
ni ya de vuestros labios los besos virginales,  
narcótico a mis penas, mi frente habréis de ungir.

Ni estrecharé la mano del generoso amigo  
que al bien dispuesta siempre se me tendió leal,  
ni contra el tedio amargo que va doquier conmigo,  
de su jardín las frondas me prestarán su abrigo  
tras verdes pabellones de hiedra y malva real.

Horas de suave encanto, de celestiales goces  
que la amistad acendran, templando el corazón  
del bardo en el camino, no así paséis veloces.  
¡Tornad!, y entre las sombras de su existencia atroces  
de nuevo el iris fúlgido tended de la ilusión.

Adiós, lindas criollas. La inexorable saña  
del bárbaro destino que nos separa así,  
no hará que Y , o os olvide Por tierra propia o extraña  
mi pensamiento os sigue, mi amor os acompaña,  
en tanto muda y sola mi arpa os espera aquí.

Mar, sobre cuyas olas se van las musas mías;  
nave que las aguardas para partir fugaz,  
viento que las conduces, estrella que las guías,  
llenad, llenad su tránsito de luz y de armonías.  
¡Llevádmelas en triunfo! ¡Volvédmelas en paz!

La Habana, 1895

## EL ÁRBOL MALDITO

Me lo contó un piel roja cazado en la Luisiana:  
cuando el Señor los bosques de América pobló,  
dejó un espacio estéril en la extensión lozana,  
y en ese espacio yermo, de arena seca y vana,  
donde no nace el trébol ni crece la liana,  
el diablo plantó su árbol y luego... descansó.

El suelo en que brotara, de savia y jugos falto,  
que interiormente cruzan en direcciones mil  
volcánicas corrientes de líquido basalto,  
de su raíz opúsose al invasor asalto,  
mientras su copa hiere, perdida allá en lo alto,  
el rayo tempestuoso, colérico y hostil.

Así, por tierra y cielo sin tregua combatido,  
el árbol sus antenas tendió en oscura red  
por la ancha superficie del páramo abatido,  
y allí donde el cadáver hallaba de un vencido,  
de las salvajes hordas al ímpetu caído,  
bebiéndole la sangre calmó su ardiente sed.

El llanto de las tribus guerreras, derrotadas,  
nutrió su tronco débil, prestándole vigor;  
y en misteriosa química, las savias combinadas  
de lágrimas y sangre por él asimiladas,  
pobláronle de vástagos punzantes como espadas,  
y de hojas le cubrieron de cárdeno color.

Sus ramas, por el viento de Septentrión medidas,  
sonaban tristemente con canto funeral,  
y, de la luna al beso lascivo estremecidas,  
en flores reventaron que, al aire suspendidas,  
vertían de sus cálices esencias corrompidas,  
la atmósfera impregnando de un hálito mortal.

Leones y elefantes, su sombra pestilente  
temiendo, nunca osaron llegar en torno de él:  
sobre él desliza el ave sus alas raudamente,  
torció el jaguar su senda, si le encontró de frente,  
y el oso sibirita, que sus aromas siente,  
contéplale de lejos, soñando con su miel.

Mas solamente grata la pulpa que destila  
a insectos y reptiles, del silfo al caracol,  
por ella, en torno al árbol, tenaz la mosca oscila,  
la araña encuentra en ella las gomas con que hila,  
y viene a saborearla, candente la pupila,  
el saurio, que dilata sus vértebras al sol.

Por respirar sus densos efluvios penetrantes,  
la víbora abandona su rústico dosel,  
sus pútridos pantanos los cínifes vibrantes,  
sus hoyos las serpientes de escamas repugnates,  
sus matas las luciérnagas policromo-cambiantes,  
su hogar la salamandra de jaspeada piel;

la oruga su capullo, que rompe con trabajo;  
su celda arquitectónica la abeja monacal,  
su limo la babosa perdida en el atajo,  
su lecho de detritus el sucio escarabajo,  
su llano la langosta, su charca el renacuajo,  
su huevo el infusorio, la larva su cendal.

Y de esa fauna exótica la multitud bravía,  
de entrambos hemisferios monstruosa producción,  
se cobijaba al árbol o nido en él hacía,  
en tanto que en su fronda magnífica y sombría  
los genios de los bosques, al fenecer el día,  
celebran conciliábulos de muerte y destrucción.

#### A ANDRÉS MURUÁIS, MUERTO

Cesado había el cántico sonoro  
que fue a la patria nuncio de rescate,  
y a la voz del profeta, a la del vate,  
siguió en las tribus silencioso lloro.

Resto inmortal del apolíneo coro,



sobre las frentes que el dolor abate,  
himno terrible entona de combate  
la férrea lira de las cuerdas de oro.

No enmudeció; calló. ¡Gloria al que brega  
con ánimo valiente y diestra brava,  
y antes muere en la lucha que se entrega!

¡Oh tierra de mis padres, tierra esclava!  
¡Tu redención es huésped que no llega,  
sol esperado en noche que no acaba!

### EPISTOLA

(A mi sobrina Isabel Rico)

Isabel: en tu carta  
riñes conmigo;  
tienes razón: ¡qué poco  
dura un amigo!  
Mas perdona mi falta,  
joven morena;  
tú que eres cariñosa,  
tú que eres buena.

No soy yo solamente  
contigo ingrato,  
ni de santificarme  
contigo trato.  
¡Todos los que me quieren,  
cuantos me adoran,  
mi ingratitud acaso  
contigo lloran!

Que yo soy, ¡oh, Isabela!,  
pájaro errante,  
hosco a toda caricia  
de mano amante.  
¡Pájaro que cantando  
la pena mía,  
vivo solo en mi eterna  
melancolía!

Yo esquivé de mi madre  
dulces abrazos,  
rompí de la familia

los santos lazos;  
y buscando a mis alas  
ancho horizonte,  
fui cortando espacio  
de monte en monte.

Los montes me prestaron  
plácido abrigo,  
y en sus vírgenes bosques,  
solo conmigo,  
al rumor de los olmos,  
sonoro y blando,  
recogí las tristezas  
que voy cantando.

Pero, ingrato con ellos,  
sus soledades  
dejé por el bullicio  
de las ciudades;  
y con ellas ingrato  
juré guerra,  
y por el mar inmenso  
cambié la tierra.

Los mares con sus auras  
me saludaron,  
y a mis ojos sus ondas  
leves rizaron;  
regalaron mi oído  
con su concierto;  
mas yo les dije: «¡Basta!»  
Y entré en el puerto.

Tal vez vengarse luego  
de mí pensaron,  
cuando náufrago a tierra  
me trasladaron;  
pero tiene un destino  
mi alma altanera,  
e ingrato sigo siendo  
si ingrato era.

Como engendro del odio,  
no del cariño,  
ingrato seré siempre,  
pues lo fui niño.

Mas perdóname,  
Isabelita morena,  
tú que eres cariñosa,  
tú que eres buena.

Perdóname, querida,  
si no te escribo;  
porque, en cambio,  
de tu alma trasunto vivo,  
dondequiera que vaya  
miro tus ojos,  
tu cabellera negra,  
tus labios rojos.

Dondequiera me acuerdo  
de tu semblante,  
de tristeza cubierto  
y amor radiante;  
faz que pienso yo a veces,  
pensando amores,  
que es la faz de la Virgen  
de los Dolores.

Perdóname y no quieras  
lo que no puedo,  
ni el tesoro me exijas  
que yo no heredo.  
¡Los que cual tú me quieren,  
los que me adoran,  
mi ingratitud acaso  
contigo lloran!

Que yo soy, prenda mía,  
pájaro errante,  
hosco a toda caricia  
de mano amante.  
¡Nómada que proscrito  
cruza el desierto...,  
perro loco sin amo...,  
nave sin puerto!...

## LA PRIMERA CANA

¡Hela! Brilla en mi sien la mensajera

de la vejez sin brío.  
Cuando, audaz, asaltó mi cabellera,  
sentí en el alma frío.  
¡Hela, sí! De la noche de mi vida  
constelación inerte,  
viene a alumbrar la apenas emprendida,  
jornada de la muerte.  
Lava de mis volcanes apagada,  
humo de mis ideas,  
nieve caída en primavera helada,  
¡que bien venida seas!

Perdieron ya los ríos sonoros  
sus linfas azuladas,  
su verdura los árboles frondosos,  
su luz las alboradas.  
Perdieron ya las nubes sus süaves  
tintas y resplandores,  
sus perfumes las brisas, y las aves  
sus plumas de colores.  
Declina el astro cuya luz galana  
la creación matiza.  
¡Todo es pálido ya como esta cana  
de color de ceniza!

¡Ah! ¡Cuán presto cedió a la noche oscura  
la clara luz del día!  
¡Qué en breve se extinguió la llama pura  
de un sol que ayer lucía!  
¡Cómo se deshicieron, desmayados,  
cual sombras mortuorias,  
mis sueños de esperanza, coronados  
de triunfos y de gloria!...  
¿Dónde irán ya mis ojos que no vean  
escombros y ruinas?  
¿Qué palparán mis manos que no sean  
creaciones mortecinas?

Ya sé el origen, con detalles crueles,  
de esta argentada hebra:  
¡alguien holló una flor en mis vergeles  
y espantó esta culebra!...  
Los que ficción creísteis la amargura  
que rebosa mi lira,  
¡decid si de esta cana la blanca  
es verdad o mentira!

Decid, decid, los que creísteis vana  
mi infinita tristeza:  
¿Quién, si no fue el dolor, prendió esta cana  
en mi joven cabeza?

¡Respetad, insensatos, la tortura  
de un corazón ardiente,  
condenado a llevar, ¡ay!, prematura  
la vejez en la frente!  
Musgo en las tumbas y en el hombre canas,  
de muerte es signo cierto.  
¡Cuando en el hombre las halléis tempranas,  
es que temprano ha muerto!  
Lava de mis volcanes apagada,  
humo de mis ideas,  
nieve caída en primavera helada,  
¡que bien venida seas!

#### ELEGIA

(A la muerte de la señorita M. M. B.)

Si es verdad que el dolor asesina  
cual suele el acero,  
y la herida que se abre en el alma  
no tiene remedio;  
si es verdad que del triste que sufre  
el llanto es consuelo,  
porque solo las lágrimas pueden  
calmar los tormentos,  
¡ay!, entonces dejad que hoy las viertan  
mis párpados secos.  
Yo también llevo el alma transida  
de angustias sin cuento,  
y me afano buscando a mis males  
la paz que no encuentro.  
¡Una lágrima solo! Dejadme llorar,  
que me muero.

Era un ángel opreso en las formas  
etéreas de un hada:  
de sus ojos radiaban, fecundas,  
la luz y la gracia.  
Yo escuchaba en sus dulces acentos  
la nota de un arpa,  
y su mano era de hojas de rosa

y nieve cuajada.  
Mucho más que a la luz los colores,  
unidas estaban  
por mil tiernas memorias de niño  
su alma y mi alma;  
y cual buscan la gloria los héroes,  
así yo buscaba  
el objeto de nuestras sonrisas,  
ya ingenuas, ya amargas...

Vino el sol a dorar con sus rayos  
la cruz de la ermita;  
él llegaba a mi aldea, y por siempre  
yo de ella salía.  
Cuando ya se quedó tras mi planta  
la sierra vecina,  
asaltada de insólito miedo mi cruel fantasía,  
dirigí a su ventana los ojos,  
buscando a mi amiga. ¡Oh, cuán triste la vi!  
Su mirada cruzó con la mía,  
agitó aquel pañuelo que lleva  
su cifra y mi cifra,  
y después... me alejé, sin que a verla  
volviese en la vida.

¡Pobre muerta! Si desde tu trono  
de gloria me escuchas,  
más allá de esas nubes y de esas  
lumbreras augustas,  
pabellones que velan al hombre  
la eterna hermosura,  
¡que mi voz llegue a ti, cual promesa  
de próximas nupcias!...  
Como va tras el cuerpo la sombra,  
yo voy en tu busca,  
y seré tanto más venturoso,  
si aún tengo ventura,  
cuanto menos distantes se encuentren  
tu tumba y mi tumba,  
¡cuanto menos espacio separe  
de mi alma la tuya!

TRIBUTO DE SANGRE

Aún corría mi plácida inocencia  
de ensueños de oro por azul espacio,  
bajo un cielo de rosa y de topacio,  
sobre un mundo de luz y de placer.  
Aún dormía mi espíritu tranquilo  
a la sombra del árbol de la infancia,  
velado a la dulcísima fragancia  
del amor virginal de una mujer.

¡Era un niño! Mi labio sonreía  
como sonrío la naciente aurora,  
como el ave del bosque moradora  
en su nido sonrío al despertar.  
Y feliz con mis flores y mis juegos,  
bello nacer y hundirse el sol miraba.  
No amaba a la mujer, no; pero amaba  
como nadie en el mundo puede amar...

Amaba, sí, una virgen cariñosa,  
una virgen flotando en resplandores;  
escapada del cielo, los colores  
ostentaba del iris en su sien.  
Virgen que en medio un sueño aparecida  
llegóse a mí y me dijo: «Yo te adoro... »,  
besóme, y entre un beso tan sonoro  
como un eco, le dije: «Yo también.»

Y ambos el goce del amor sentimos,  
y ambos el cielo del amor tocamos,  
y ambos amor eterno nos juramos,  
viviendo el uno para el otro amor.  
Y ambos unidos en abrazo tierno,  
pasamos juntos la inocente vida:  
ella, halagando mi ilusión querida;  
yo, gozando en su halago y su candor;

yo, corriendo tras ella delirante;  
ella, riendo alegre y fugitiva;  
ora volviendo la mirada esquiva,  
ora parando su ligero pie;  
ella, rizando mi infantil guedeja;  
yo, destrenzando su melena de oro;  
y ambos a un mismo tiempo: «Yo te adoro... »  
diciendo en prenda de amorosa fe.

Eras tú, *Libertad*; tú eras la virgen

que despertó al amor mi alma de niño;  
tú, la que me robabas el cariño  
a mis hermosos juegos del hogar;  
tú, la que enardeció mi fantasía;  
tú, la que me inspiraste mil cantares;  
tú, la que conjuraste mis pesares  
tu acento misterioso al escuchar.

¿Dónde estás, *Libertad*, que ya no me hablas?  
¿Dónde estás, ¡oh mi amor!, que no respondes?  
¿Por qué te ocultas, di; por qué te escondes  
cuando no puedo ya vivir sin ti?  
¡Vuelve, vuelve, paloma arrulladora,  
vuelve a posar tus alas en mi seno!...  
¡Triste silencio de fantasmas lleno!  
¡*Libertad*, ¡ay!, tú has muerto para mí!

¡Has muerto, y tus caricias, tus halagos,  
solo, ¡ay de mí!, con mi niñez vivieron;  
y hombre ya, tus sonrisas se volvieron  
de mi infancia marchita al panteón!...  
¿Qué me resta? El consuelo de un pasado  
de inocentes placeres y de amores,  
en medio de un presente de dolores  
¡y un porvenir de sangre y de opresión!

¡Has muerto para mí!... ¿Mas por qué lloro?  
¿Por qué con quejas mi infortunio agravo?  
Tú no puedes vivir como el esclavo,  
virgen mía, mi virgen *Libertad*!  
¡Tú, que eres el aliento del Eterno,  
desterrando del mundo luto y penas,  
tú no puedes vivir entre cadenas  
negada a la oprimida Humanidad.

Tú no puedes prestar tu faz hermosa  
a burlas del tirano maldecido,  
ni cual torpe reptil aborrecido  
arrastrarte de un déspota a los pies.  
Tú no puedes hollar los santos fueros  
de la humana razón y la justicia,  
ni apadrinar el crimen, la impudicia  
que se cierne de España en el pavés...

¡Yo sí! Yo puedo desgarrar la entraña  
de la mujer que me llevó en su seno;



amargar su existencia con veneno  
y de sus brazos para siempre huir;  
abandonar la paz de la familia,  
doblar mi cuello al infamante yugo,  
y aún empuñando el hacha del verdugo,  
ir con ella matando hasta morir.

¡Yo sí! Yo puedo ser a Dios ingrato;  
yo puedo renegar de mi conciencia,  
y del mundo que juzga, en la presencia,  
gritar: «¡Muera mi padre! ¡Viva el rey!»  
Yo puedo hacer cuanto hace un insensato  
sujeto siempre a voluntad ajena;  
¡que hay una *ley* sangrienta que lo ordena  
y no vale ser hombre ante esa *ley*!

¡Adiós, mi dulce *Libertad* amada;  
adiós, mi gloria, mi ilusión, mi vida!  
Tú no me repudiaste, no, querida;  
tú no me abandonaste, que yo fui...  
Si alguna vez la soledad visitas  
de los que vierten del esclavo el lloro,  
pide mi sangre, porque yo *te adoro*.  
*¡Soldado o libre, moriré por ti!*

Madrid, mayo 29 de 1872

## EL DIENTE

El periodismo es una sierra, y de ella  
un diente he sido yo.  
Mordiéndome famas construí una estrella  
y nunca me alumbró.  
Como Dios, de la nada hice un prodigio,  
un héroe de un reptil,  
de una gran calabaza, un gran prestigio  
que adoran gentes mil.  
La calumnia cedió, cedió el denuesto  
y cuanto pudo ser  
obstáculo a mi marcha, por supuesto,  
en fuerza de morder.  
Hecho el milagro, hecho el asombro, la obra  
del diente terminó.  
Nada al ídolo falta, antes le sobra.

¿Qué sobra? ¡El diente: yo!

## LA MUJER CUBANA

Como un día surgió la Venus griega  
del misterioso seno de los mares,  
el pie en la espuma que en su torno juega,  
la frente en los espacios estelares,

así la ola rompiendo cristalina  
que besa en paz la playa americana,  
casta y gentil aparición divina,  
surgió a mis ojos la mujer cubana.

¡Vedla! En las fantasías del poeta  
forma no se alza más radiante y pura,  
ni hay color del artista en la paleta  
que a bosquejar alcance su hermosura.

El coro de las Gracias, a su paso,  
tiéndele sus guirnaldas por alfombra,  
y tanto sol no se hunde en el ocaso  
como de sus pestañas tras la sombra.

De un beso efluvio que robó, indiscreto,  
a una Nereida un Silfo, ebrio de amores,  
lleva en su propio origen el secreto  
de su amor a las perlas y a las flores.

En la cambiante luz de su pupila,  
que copia los estados de su alma,  
junta el furor del rayo que aniquila  
a la serenidad de un lago en calma.

Y en la altivez de su gallardo busto,  
que cinceló el Amor en alabastro,  
hay de una reina el continente augusto  
y el reposo magnífico de un astro.

Ríe, y la risa de sus labios rojos  
baña en ondas de luz los corazones;  
llora, y parece que sus grandes ojos  
vierten, en vez de lágrimas, perdones.

¡Vedla! A sus ansias de ideal, estrecha  
la atmósfera terrena halla, importuna,  
su alma de sueño de ángeles fue hecha  
y su cuerpo de rayos de la luna.

De sus miradas, donde el sol se enciende,  
llega el fulgor al pecho solitario  
como sobre el altar la luz desciende  
de la lámpara que arde en el sagrario.

Guarda la fe su alma pudorosa  
como la esencia el cristalino pomo,  
y es, cual la de un cometa, luminosa  
la huella leve de su pie de gnomo.

Del azahar el aroma penetrante  
no embriaga más que el que su aliento exhala,  
ni la palmera esbelta y arrogante  
la gallardía de su talle iguala.

Su voz, que es a la vez canción y lloro,  
nota de guzla y vibración de lira,  
tiene los ecos de celeste coro,  
el murmullo del aura que suspira,

los sollozos del niño que se queja,  
la majestad de un himno de victoria,  
la tristeza de un canto que se aleja,  
el compás de una marcha hacia la gloria,

los arpegios del ave en la enramada,  
toda la escala, en fin, todos los ruidos  
de esa gran sinfonía al par cantada  
por los mundos, las almas y los nidos.

¡Oh, yo la vi! En las noches tropicales  
vi aparecer su imagen peregrina,  
virgen de fuego, envuelta entre cendales  
de nívea gasa y rósea muselina.

Como al contacto de una llama  
errante el éter a su paso se inflamaba,  
sembrando por doquier, volcán flotante,  
ruinas de amor su candescente lava.

Y al contemplar su frente de azucena

y su palabra al escuchar sonora,  
mi alma, de duelo y de pesares llena,  
sintió el rocío de una nueva aurora.

De mi pecho en el campo de batalla  
la esperanza surgió como un trofeo;  
tornó el reposo al corazón que estalla,  
despertó la ilusión, brotó el deseo,

y mi espíritu ante ella, imponderable  
conjunto de celestes maravillas,  
desde entonces absorto, en inefable  
contemplación, ¡la adora de rodillas!

¡Ah! ¿Cómo no, si de ostentar se precia  
lo que más en el mundo se idolatra:  
la abnegación sublime de Lucrecia,  
la belleza inmortal de Cleopatra?

¿Si su seno al amor se abre anhelante  
con las ansias del pétalo a la brisa,  
y jamás, como madre o como amante,  
la superó Cornelia ni Eloísa?

¡Salve, mujer! Dios agotó en tu hechura  
todo el esfuerzo de su numen santo,  
y al arte irreductible tu hermosura  
no hallo a expresarla voces en mi canto.

## ARISTAS

La gloria es un gran convite  
donde no tienen acceso  
ni la mujer sin virtud  
ni los hombres sin talento.

Tiene una hoja la espada,  
tiene tres el pensamiento;  
por eso, más que la fuerza,  
destroza y mata el ingenio.

De mis juguetes de niño  
hice almoneda mozuelo.  
Un viejo los remató...

¡Y era yo mismo aquel viejo!

La dulzura en la mujer  
es cual la calma en el mar,  
que hace la nube esperar  
y la borrasca temer.

#### AL MAESTRO CHANÉ

Perdona que a recibirte  
no vaya al remolcador;  
nunca a remolque ha sabido  
navegar mi corazón.

El te acompañó a la patria,  
allí a tu triunfo asistió,  
te dio su aplauso en el teatro,  
brindó en la cena en tu honor.

Y pues contigo regresa  
de la larga expedición,  
el ir a esperarte a ti fuera  
ir a esperarme yo.

#### EN EL ALBUM

(De mi bien querido amigo  
Galo Salinas Rodríguez)  
(Fragmento)

Cuando dos almas errantes  
se encuentran y se confunden,  
en una sola se funden  
sus esencias y su ser;  
y como dos gotas de agua  
de una en la forma perdidas,  
un espacio siempre unidas  
y un destino han de correr.

Y ora rujan tempestades,  
o apacible y bella aurora,  
luz derramando y colores  
surja de la noche en pos;

si una canta, la otra canta;  
si una llora, la otra llora;  
que en placeres o en dolores  
una misma son las dos.

A LA HERMOSA NIÑA  
Rosario Caneda y Fernández

Cuando a mi tierra vuelto,  
pasé, tras larga ausencia,  
cogidos de la mano  
mis enfermizos hijos por tu puerta,  
tú, al balcón asomada,  
sacando la cabeza,  
rubia como una espiga,  
a través de la verde enredadera,  
«Bien venido-dijiste-  
a su patria el poeta.»

Levanté al escucharte  
mi frente de tinieblas,  
y he recordado al verte  
de aquel cuadro alemán aquella escena  
en que, cual tú, una niña,  
asomada a la reja,  
ofrece una corona  
tejida de laurel y madre selva  
a un soldado que vuelve  
inútil de la guerra.

Yo, como aquel soldado,  
luché con mala estrella  
y llegaba a mis lares  
desagrado también,  
también sin fuerza.  
¡Ay! Pero su derrota  
quizá no le avergüenza,  
y yo dejé en el campo,  
de los tiranos enemigos presa,  
mi ejército, los parias;  
la libertad, mi enseña.

Profunda era la noche,  
la confianza ciega;

todos dormían..., menos  
la traición que medita la sorpresa,  
cuando de pronto vimos,  
feroces, carniceras,  
venir sobre nosotros  
las insurreccionadas turbas ebrias...  
¿Por qué despedazados  
no hemos muerto en la brecha?

Todos huyeron, todos,  
como espantada cierva,  
y no quiso ninguno  
el honor aceptar de la hora extrema.  
Y el que nunca a su patria  
sobrevivir debiera,  
alma sin ideales,  
de libertad y de esperanza huérfana,  
mendiga de un espectro  
la inútil existencia.

Rubia, de la del cuadro  
azul reminiscencia:  
el soldado vencido  
posible es que a luchar otra vez vuelva.  
Si entonces victorioso  
no pasa por tu puerta,  
niégale tu saludo,  
no coronas su sien maldita y pérfida:  
¡Los que al progreso marchan,  
triunfan o no regresan!

## NIHIL

¿Dónde estás?... Por hallarte, con ansia loca,  
recorrí inútilmente pueblos y edades;  
trepé a la inexpugnable gigante roca  
y descendí a sus hondas profundidades.

Perdíme en el ardiente núcleo febeo,  
habité en la caverna que el mar socava,  
fermenté en la retorta del mago hebreo,  
cabalgué sobre nubes de roja lava.

Registré las entrañas de los volcanes,

escudriñe los senos del mar sombrío,  
interrumpí el reposo de los titanes  
y de la momia fósil el sueño frío.

Penetré en la pagoda y en la mezquita,  
bajo la bizantina bóveda esbelta,  
en la apartada ruta del cenobita,  
en el druídico bosque y el dolmen celta.

Conjuré a las esfinges y a las sibilas,  
al tosco jeroglífico, al libro santo,  
al ídolo lo monstruoso de hoscas pupilas,  
a la marmórea estatua de regio manto.

Sorprendí en el desierto las caravanas,  
las hordas en sus crudas depredaciones,  
las tribus en sus locas fiestas livianas,  
en sus solemnes ritos las religiones.

Sobre el terruño al paria, de honor cubierto,  
sobre el solio al tirano, de ira beodo,  
al sabio meditando sin norte cierto,  
al verdugo nutriéndose de sangre y lodo.

Uní mi voz al eco de la campana,  
al doliente gemido del moribundo,  
al grito de la esclava conciencia humana,  
al himno de los mártires tierno y profundo;

al susurro apacible de auras y fuente,  
al rumor de las frondas y las cascadas,  
al pavoroso estruendo de los torrentes,  
al fragor de las trombas huracanadas;

al áspero silbido de las serpientes,  
al clamor de las aves desorientadas,  
al ronco son del trueno por las vertientes  
y al del alud que invade las hondonadas...

¡Nadie me dio noticia que de ti arguya!  
Todo ha sido en mi torno calma y mutismo.  
¡No he encontrado ni rastro ni sombra tuya  
en la tierra, en los cielos, ni en el abismo!



LA COMPAÑIA DRAMATICA INFANTIL  
DE LUIS BLANC

¡Salve, juveniles soles,  
que en áurea constelación  
custodiáis el panteón  
de los astros españoles!  
Ante vuestros arreboles  
los del alba palidecen;  
la flor que las auras mecen  
con vuestra luz se colora,  
y a vuestros rayos de aurora  
los sepulcros se esclarecen.

El Genio, que os da arrogancia,  
en vos demostró esta vez  
que, si no tendrá vejez,  
tampoco ha tenido infancia;  
que en tal modo la distancia  
que os separa de él salváis,  
que apenas os iniciáis  
en el Arte peregrina,  
ya con la turba divina  
de los dioses disputáis.

Sí; al grito que os vitorea  
acuden en vuelo santo  
Marión Delorme con su encanto,  
con su austeridad Romea;  
y uniendo a la que os rodea  
su solemne aclamación,  
radiantes de admiración,  
del pueblo entre las corrientes,  
asoman las calvas frentes  
de Shakespeare y Calderón.

Y es que si en vuestra cabeza  
el Genio posó sus alas,  
el Arte os prestó sus galas,  
los silfos su gentileza.  
Y tanta y tanta extrañeza  
vuestros encantos suscitan,  
que cuantos aquí os visitan  
dudan, consigo en disputa,  
de si es el teatro una gruta  
donde los gnomos habitan.

Mas ¿quién no habrá de dudar,  
si por vuestro esfuerzo son  
el Arte una religión  
y el escenario un altar?  
¿Si apenas sabéis hablar  
y ya enseñáis a sentir?  
¿Si saben tan bien decir  
los que aún no bien balbucean,  
y si de tal modo hombrean  
los que empiezan a vivir?...

No hay, no, para celebrarte  
palabras bastante bellas,  
¡oh, hermosa explosión de estrellas  
sobre el cielo azul del Arte!  
Exhausto para cantarte  
de numen y de calor,  
pues tanto aplauso en tu honor  
una y otra vez presencio,  
mi admiración, mi silencio  
sea hoy tu triunfo mejor.

## EL OLMO DEL MIÑO

Gigante encanecido, cuya frente  
en los impondos éteres perdida,  
por cien años y cien, del rayo herida,  
la inclemencia del tiempo resistió...

¡Ah! ¡Quién para cantarte poseyera  
la voz del huracán tempestuoso,  
que trepando a tu trono pedregoso  
tantas veces tu seno conmovió!

Santa promesa fue; tú la escuchaste  
agitando en el aire la melena  
cuando en noche de horror y miedo llena  
dormí bajo tu copa funeral,

cuando del rayo al cárdeno reflejo  
que iluminó la oscuridad profunda,  
guíé hasta ti mi planta vagamunda,  
prófugo de la casa paternal.

## TE VI UNA VEZ

(Fragmento)

Te vi una vez, y el poderoso encanto  
de tus gracias fue tal, que aún me recreo  
en recordar que al verte pecó un santo,  
sintió un cadáver y rezó un ateo.

Por lograr tus sonrisas celestiales,  
pidió Tenorio a Lovelace postizos,  
y en sus tumbas te hicieron madrigales  
las víctimas sin fin de tus hechizos.

## MEDITACIÓN

En la vasta necrópolis que tiene  
por campo mi cerebro,  
a veces me sorprende meditando  
la hora del silencio.

Allí están, bajo criptas que brillantan  
magníficos letreros,  
aquellas existencias ideales  
que son hoy recuerdos.

Jamás traspuse del recinto mudo  
el arco gigantesco,  
sin sentir en mi espíritu cobarde  
hondo estremecimiento.

Subyúgame una fuerza misteriosa  
que en vano alejar quiero,  
y esa fuerza me arrastra, como arrastra  
al sonámbulo el sueño...

Aquí estoy otra vez. Desde mi última  
visita, ha poco tiempo,  
¡cuántas veces aquí se levantaron!  
¡Cuántas zanjas se abrieron!

Del rayo de la luna moribundo

al espectral reflejo,  
aun de mi estéril juventud pasada  
miro sepultos restos.

Ilusiones, amor, sueños de gloria,  
creencias y deseos,  
parece que reviven en sus tumbas  
cuando su polvo huella.

Parece que orgullosos al sentirme  
y en desbandada sueltos,  
como la fiera al domador, aullando,  
saludan a su dueño.

¡Ah! Comprendo tu júbilo. Quisieran  
sus antros tener huecos,  
y otra vez los halagos de mi alma  
encontrar que perdieron.

Mas ilusión, amor, sueños de gloria,  
creencias..., ¡todo ha muerto!  
¡Y yo busco entre tantas sepulturas  
la mía, y no la encuentro!

Quiero salir de este funesto alcázar  
en que me tienen preso  
yo no sé qué pecados, cometidos  
quizá por mis abuelos.

Quiero vivir sin la visión sangrienta  
de mis locos recuerdos,  
sin esta pesadilla que me ahoga  
como un remordimiento.

¿Remordimiento yo? Si lo perdido  
es lo mismo que anhelo,  
¡si en busca voy del bien que me robaron,  
víctima soy, no reo!

A LA ENTEREZA DE SANCHO  
(En el cuento de A. Rivero)

Viéndote, Sancho, ausente de Teresa,  
lanzado al monte, a montañesa dado,

temí do un escudero hube dejado  
toparme un caballero de Montesa.

Miedo mayor cobré, por ley aviesa  
viéndote a infame hecho condenado;  
que nunca a participio de pasado  
llega a mi tierra un Castro sin sorpresa.

Una vez más de esas andanzas graves  
sacáronte el arrojo y las doctrinas  
del amor muerto, que olvidar no sabes,

y no las enseñanzas peregrinas  
que al sepulcro del Cid, echando llaves,  
quieren que en él empollen las gallinas.

## ESPERANDO

Sereno, cruzado de brazos, espero;  
ni el rayo me inmuta, ni el viento, ni el mar,  
ya contra la suerte ni al tiempo me altero,  
pues sé que el destino, propicio o severo,  
aquello que es mío por fin me ha de dar.

Detengo la prisa, prolongo el descanso:  
¿por qué la impaciencia y a qué la ambición?  
Rodando en el Cosmos o en quieto remanso,  
su curso perenne, frenético o manso,  
de males o bienes traerá mi porción.

Dormido, despierto; de noche, de día,  
los genios que busco buscándome están.  
Por nada mi nave su rumbo desvía:  
que nadie del cielo trocar lograría  
sobre hombres y cosas incógnito el plan.

¿Qué importa hacer solo la luenga jornada,  
si alegra el camino la fe en el vivir?  
Yo dejo a mi paso la tierra labrada,  
y dichas o penas, según fue sembrada,  
segura cosecha me habrán de rendir.

Las aguas su ruta trazando sin calma  
atraen al arroyo del alto breñal;

de lejos atrae la palma a la palma;  
así a los deleites supremos del alma  
lo bueno es llevado por lógica igual.

No priva la noche de estrellas al cielo,  
no roban las olas rumores al mar,  
abril no le niega sus flores al suelo;  
así, ni el espacio ni el tiempo en su vuelo  
aquello que es mío me habrán de negar.

## EN EL ANIVERSARIO

(De la muerte del príncipe de los ingenios españoles)

### I

España entera este día,  
desde Levante a Poniente,  
y aún más allá todavía,  
viene a dejar, patria mía,  
una corona en tu frente.  
Mas ¿quién el mérito abona  
por el cual te es otorgada?  
¿Cuándo, soberbia matrona,  
cuándo ajustó una corona  
sobre una frente manchada?  
¡Ah! ¡Cuánta cólera siento,  
cuánta hiel dentro de mí!  
¡Ese lauro es un tormento,  
esa corona un sangriento  
sarcasmo que hacen de ti!  
¡Patria! Arroja con desdén  
premio tan injusto y falso...  
¡Hoy sólo te sienta bien  
el birrete que en la sien  
lleva el réprobo al cadalso!  
Y pues que tú, deshonrada  
y por la Historia acusada,  
vas hoy tu proceso a oír,  
no al suplicio coronada,  
como infame debes ir!

### II

Tierra ingrata, donde gimen

cuantos honran tus anales  
y gloria y valor te imprimen.  
¡Ah! ¡Tú cometiste un crimen  
que pesa más que tú vales!  
Y ese crimen contra el cual  
no hay bastante expiación  
ni el grillete, ni en dogal,  
ante el código social  
ni ante el libro del perdón;  
esa herencia desgraciada,  
y ese bárbaro abolengo,  
y esa tradición manchada,  
sólo por verte humillada  
yo a recordártela vengo.  
No de pregonero en son  
cargos he de hacerte ahora  
por aquella vil prisión  
que te mereció Colón,  
ya de su mundo señora.  
Ni quiero resucitar  
las cuentas que demandar  
osaste a grandes guerreros,  
ni el tajo que en Villalar  
alzase a los comuneros.  
¡No! De una afrenta mayor  
debes al mundo revancha,  
madre sin fe y sin amor:  
¿qué hiciste con el autor  
del *Hidalgo de la Mancha*?

### III

Europa quiere hoy orar  
sobre una tumba de piedra,  
y en ti la viene a buscar...,  
¡en vano, que no ha de hallar  
la de Cervantes Saavedra!  
¡Que a tanto llegó la suerte  
del que, por enaltecerte,  
puso a tus pies su *Quijote*,  
que sólo le diste en dote  
hambre en vida, olvido en muerte!  
Pasadas generaciones,  
tantas heroicas acciones,  
timbres y lauros, ¿qué son,  
si a todos vuestros blasones

los cubre tan gran borrón?  
¡Ni una losa al que en Argel  
cautivo, a su España fiel,  
tanto por ti suspiró!...  
¡Ni una tumba para aquel  
que nombre inmortal te dio!  
¡Ay!... ¿Qué hiciste en conquistar,  
ya por tierra, ya por mar,  
mares y tierras sin cuento,  
si mataste por lograr  
esclavos, honra y talento?  
¿Qué fueron sino ilusorias  
tus armígeras victorias,  
del orbe pasmo profundo,  
si hoy debe llamarte el mundo  
prostituta de tus glorias?...  
No, no puedes alardear  
de nobleza y de valor,  
de ingeniosa y de sin par,  
patria que supo olvidar  
valor, ingenio y honor.

#### IV

Mano muerta, mano rota  
en la más alta campaña  
que el mar de Lepanto nota,  
sal de esas aguas y azota  
para vergüenza a esta España.  
Mano muerta..., cuando al sueño  
eterno cerró sus ojos  
el pobre manco, tu dueño,  
faltó piedra y faltó leño  
para guardar sus despojos.  
¡Ah! Pero déjate estar  
en el fondo de ese mar  
de tus proezas testigo,  
no te vayas a quedar,  
por vengarte, sin abrigo.  
Que es posible que si vienes  
a esta tierra parricida  
pierdas la tumba que ahí tienes  
y un hueco mísero llenes  
en parte desconocida.

#### V



¿Qué hace en ti, pues, ruin matrona,  
esta corona que nada  
más que tu crimen pregona?  
¡Cíñete, en vez de corona,  
birrete de condenada!  
Porque condenada estás,  
de hoy para siempre jamás,  
al reproche de la gente  
de todo el siglo presente  
y los que vengan detrás.

## VI

Y vosotras, adoradas  
cenizas, ¡ay!, olvidadas,  
de una gloria universal:  
cenizas no señaladas  
por cruz, ciprés ni rosal;  
cenizas tan sin ventura  
que no a la patria escultura  
merecisteis monumento  
donde la gente futura  
os tribute acatamiento...;  
reliquias que solitarias  
vagáis por el camposanto  
de las monjas trinitarias,  
sin arrullo de plegarias  
ni dulce riego de llanto:  
si la pretérita edad  
a vuestra perpetuidad  
negó esa cruz, que el amor  
de la triste Humanidad  
consagra hasta al malhechor,  
día llegará también  
en que de esa edad perdida  
la memoria en el desdén  
de su ceniza esparcida  
no haya quienes cuenta den.  
Y cuando de aquella España  
por la tumba a preguntar  
venga una nación extraña,  
«¡Id --le gritarán con saña--,  
idla al infierno a buscar!»

¡TERESA!

(A la muerte de su hermana)

*Ya no hay en mí ya no hay alegría.*

--Ventura Ruiz Aguilera

Una vez llamó la Muerte  
a la puerta de mi casa:  
¡otra vez viene a robarme  
un pedazo de mi alma!  
Todos los años la espero,  
presintiendo una desgracia,  
y todos los años llega  
por mi conjuro evocada.  
Aún lloro recientes penas,  
mas... pasa, viajera, pasa.  
¡Que no se diga que tiemblo  
al golpe de tu guadaña!

Todo dispuesto lo tienes:  
cortada está la mortaja,  
encendidos los hachones,  
abierta la negra zanja.  
Penetra en ese recinto,  
donde una vida se apaga,  
y llévate, si te atreves,  
mi postrimera esperanza.  
Te detienes y vacilas;  
su hermosura te anonada...  
¡Oh! ¡Déjala, que es mi gloria!  
¡Déjamela, que es mi hermana!  
¡Una mártir de quien nunca  
tuvo su verdugo lástima?  
¡El espejo de mis ojos!  
¡La mejor nota de mi arpa!  
¡Convirtió el hogar en templo  
la santidad de su alma,  
y le sirvió de suplicio  
el trono en que la adoraban!  
¿Y me la quitas, viajera?  
¿Y no te conmueve nada?  
¡Míralo bien..., que estoy loco!  
¡Míralo bien..., que me matas!

Ya viene la primavera,

con sus flores y sus auras;  
pronto reverdecerán  
los árboles y las plantas;  
pero aquel cuyos aromas  
embalsamaron mi casa,  
no volverá a florecer,  
falto de luz y de savia.

Ciñe, hermosa, a mi sombrero  
la vieja cinta de gasa,  
y lléname el vaso, llénalo,  
de ese licor que emborracha.

¡HASTA LA VUELTA!  
(A Silvio Fernández)

No hablemos más; dispuesto el equipaje,  
el porvenir te aguarda,  
y retardar no quiero de tus glorias  
la espléndida jornada.  
Vas a luchar, te reta el enemigo  
desde extranjeras playas:  
acude, pues, y véncelo. No en vano  
es el genio tu arma;  
y cuando del artista vibra el genio,  
cual de César la espada,  
naciones, continentes, hados, dioses,  
esclavos son y esclavas.

Tan sólo al genio convertir le es dado  
el cielo en un pentágono  
y traducir en notas y suspiros  
las chispas que le esmaltan.  
Sólo al conjuro de su nombre surge  
de la roca la estatua  
en que el labio de piedra del tribuno  
conmueve y arrebató.  
Proyecta sobre el lienzo, y es entonces  
un iris cada mancha,  
y un organismo vivo, un pensamiento  
cada imagen pintada.  
Revélase en la estrofa, y a su fuego  
calcínanse las aras,  
y de entre sus escombros, redimidos,

los pueblos se levantan.  
Sólo él, por las regiones del misterio,  
tender puede las alas;  
sólo él, de lo sensible a lo increado,  
los horizontes salva.  
¡Ah, qué bueno sería llevar algo  
de tu fuego en el alma!  
¡Qué gran cosa sería... si no fuese  
ridículo en España!

¡No hablemos más! Ya siento en mi pupila  
el germen de una lágrima.  
¡No hablemos más! Adiós, y... hasta la vuelta,  
mi joven camarada.  
¿Quién sabe si el proscrito que hoy se aleja,  
rey tornará mañana?  
¿Si el soldado, hoy oscuro, será un héroe  
después de la batalla?...  
Si por ventura llega ese momento,  
pobre pintor sin fama;  
'Si el laurel del artista orna algún día  
tus sienes inspiradas,  
y orgullo de la Europa y de tu siglo  
regresar a la patria,  
para morir en ella como muere  
sobre el peñón el águila;  
si España, al fin, comprende de tus cuadros  
la maravilla rara,  
pues la que hoy desvalido te abandona  
te ha de aclamar mañana;  
cuando de tu pincel las creaciones  
por todos admiradas  
despierten la avaricia y la vergüenza  
de la infame madrastra,  
y a perpetuar tu nombre se disponga  
de tu historia en las páginas...,  
¡ah, si ese día llega..., qué motivo  
para una carcajada!

Madrid, febrero de 1877

## EPIGRAMA

Conducía un escultor

un santo sobre un pollino  
que de un convento vecino  
le había encargado el prior.  
Y observando que al cruzar  
una vereda las gentes  
se postraban, reverentes,  
cual delante de un altar,  
deteniendo el paso allí,  
dijo el asno, sin modestia:  
«Pues si me tienen por bestia,  
¿por qué me adoran así? »  
A lo que, mientras le arrima  
un palo descomunal,  
replica el amo: «¡Animal,  
por lo que llevas encima!»

#### EL TEMPLO DESIERTO

Como en encendida lámpara en estrecho,  
cerrado camarín,  
así, de eterna luz llenando el pecho,  
arde el amor en mí.

Cuando su llama se amortigua y lenta  
comienza a fenecer,  
de nuevo con su soplo la alimenta  
mi solitaria fe.

Mas de mi pecho en la profunda calma  
no hay ídolo ni altar;  
la inextinguible luz que inunda mi alma,  
¿a quién alumbrará?

Si algo encontráis, viajeros de la vida,  
digno de adoración,  
alzado ante esta lámpara encendida  
que está esperando un Dios.

#### LA ALDEA DE CASDEMIRO

Al restaurar los timbres de tu escudo,  
por tu entusiasta juventud llamado,

joven también entusiasmado,  
con pobre don, en tu alabanza acudo.

Del sucio polvo que mancharle pudo,  
vas a exhumar el ídolo olvidado...  
Al colocarle en el altar sagrado,  
orensana ciudad, yo te saludo.

Tiempo es ya que tu mano, reverente,  
del desprecio de un siglo vengadora,  
orne del monje audaz la noble frente.

Así, cuando a tu sombra protectora  
una tumba a buscar vaya el creyente,  
«Aquí está Dios --dirá--, ¡la muerte ahora!»

## MIS CELOS

Si hay quien te dice que tu amante un día  
lleno de fe en tus lágrimas creyó,  
contéstale que pude, amiga mía,  
amarte sí, pero creerte..., no.  
Llorando ella me oía  
y riendo hablaba yo.

Si hay quien te dice que a tu cruel desvío  
cediendo, una mujer, de amor murió,  
contéstale también, amigo mío,  
que pudo amarte, mas morirse..., no.  
Yo me alejé sombrío  
y riendo ella quedó.

¡Cuán honda aquella risa no sería,  
que de un cadáver luego en derredor  
la gente de la aldea repetía:  
«De celos muera el que mató de amor!»  
Y hoy es la amada mía  
Esposa del Señor.

Víctima fiel de un alma tenebrosa  
perdida siempre de un fantasma en pos,  
¡gózate! Mi expiación es espantosa  
si horrendo el crimen fue para los dos.  
Pues hoy mi alma celosa

¡tiene celos de Dios!

## PEQUEÑAS NULIDADES

Pequeñas nulidades de mi patria,  
tan rica en pequeñeces,  
estremeceos de placer: el Arte  
a visitaros viene.

¡Harto, en el tosco pedestal inmóviles  
que os erigió la plebe,  
esperasteis que un rayo de la gloria  
bajase a vuestras frentes!

¡Harto, entregados al ingrato olvido,  
envidiasteis la suerte  
de aquellos que, más nulos que vosotros,  
son hoy varones célebres!

Llenas están de nuestros *Semanarios*  
las páginas de nieve,  
de retratos de ingenios que asombrados  
de tanto honor parecen.

Allí el ministro que, hijo de la prensa,  
la azota y escarnece;  
el diputado que vendió el distrito  
y en orfandad le tiene.

Allí el poeta que medró adulando  
tiránicos poderes,  
el corrompido prócer que debiera  
arrastrar un grillete.

Todos allí menos vosotros, todos  
rozagantes y alegres,  
¡oh, imbéciles monarcas, destronados  
por otros más imbéciles!

Pero no siempre ha de ir en pos el Arte  
del éxito; no siempre  
han de ser de ese déspota vasallos  
la lira y los pinceles.

Los que hoy a vuestra exhumación asisten,  
una corona os deben,  
y a coronaros van: tenéis derecho  
a ella porque sois débiles.

Dulce es el himno que saluda al astro  
que avanza por el cenit,  
¡pero es más dulce el canto que saluda  
al que se eclipsa y muere!

Críticos venenosos, no a estos tipos  
disputéis los laureles:  
tristes y oscuros como son, son ellos  
nuestras glorias presentes.

Ayer Pedro Padrón, María Pita,  
Macías... ¡Poetas, héroes!  
Hoy, ni valor, ni ingenio, ni virtudes;  
idiotas solamente.